

Javier Sahuquillo

# La capilla de los niños



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES  
DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



# **La capilla de los niños**

**Javier Sahuquillo** (Valencia, 1982)

Es Licenciado en Historia (2007), Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea (2009) y Graduado en Dramaturgia y Dirección de Escena por la Real Escuela Superior de Arte Dramático (2015). Forma parte de las compañías Perros Daneses y Ala ancha. Completa su formación realizando diversos talleres de escritura con maestros como Paco Zarzoso, José Sanchis Sinisterra, José Luis Alonso de Santos, Roberto García y Wadji Mouawad. Es miembro de la AVEET (Associació Valenciana d'Escriptors i Escriptors Teatral) y de la AAT (Asociación de Autores de Teatro).

Ha sido galardonado con el VII Premi d'Espectura Creativa en la modalitat de Teatre Bancaixa Universitat (*Acequia*, 2010), I Premio de Textos Teatrales de CulturArts y Creador.es (*Mogadur*, 2013), IX Certamen Internacional LAM-SGAE (*Alimento para mastines*, 2015) y XXXVI Premio de la Crítica Valenciana en la modalidad de Literatura Dramática (*Alimento para mastines*, 2017). Además participó como representante de España en la II Edición del Festival Internacional de Dramaturgias sobre la crisis PIIGS con la obra *Los últimos de Filipinas* (2015).

Ha estrenado como autor *La ronda del miedo* (coautor-2012), *Pasaporte* (2012), *El origen de las especies 2.0* (2013), *Fedra* (2014), *Después de Europa* (2014), *#lodelmono* en el Festival Fringe Madrid 2015, siendo uno de los espectáculos revelación o *Verona*, dramaturgia sobre *Castelvines* y *Monteses*, de Lope de Vega, en el Festival Internacional de Almagro Off. Ha sido becado en dos ocasiones con la Ayuda de Escritura Dramática de la Generalitat Valenciana (*#lodelmono* y *High Noon*), para participar en la V Edición del Laboratorio de Guión Cinematográfico de la Fundación SGAE con *Umno* y por el VI Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales del INAEM por *La capilla de los niños*.

Como director estrena *La ronda del miedo* (Marzo 2013-Sala Ultramar), *Un entre tants* (Perros Daneses-Diciembre 2013, Premio del Público 2014 Levante-EMV, Premio a la mejor Dirección Festival Vila de Mislata), *Fedra* (Perros Daneses-Septiembre 2014), *#lodelmono* (CnCC-Julio 2015) en el Fringe Madrid 2015, *Nagg i Nell* (Teatros de la Generalitat y Perros Daneses-Noviembre 2015, Mención Especial del Jurado en el Festival Escènia 2016), *#Lamona* (Perros Daneses-Noviembre 2015) y *Verona* (TresDosUno-Festival de Almagro 2016) Mención de honor del jurado del Festival de Almagro y Premio del Jurado de la XV Mostra de Teatre Novell-Escènia. También trabaja para el Teatro Español como ayudante de dirección de Ignacio García May en el proyecto *Voces de Madrid* y en *Sofía*, producción propia del mismo teatro.

Javier Sahuquillo

# La capilla de los niños



© Javier Sahuquillo

© *Del prólogo*  
Pedro Villora

© *De la presente edición:*  
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

*Diseño y maquetación:*  
Vicente Alberto Serrano

*Foto de cubierta:*  
José Ruiz

NIPO: 035-17-050-X

---

---

## VI Programa de Dramaturgias Actuales

**E**l talento y la excelencia creadora de los jóvenes dramaturgos españoles avanza con paso firme hacia un momento de plena madurez. En estos seis años desde que el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) puso en marcha el Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales, el proyecto se ha consolidado como una importante plataforma para la proyección de las múltiples miradas y propuestas de nuestros creadores. Un trabajo que además cuenta con un destacado marco de exhibición en la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de Alicante, a quienes también apoyamos y felicitamos por cumplir un cuarto de siglo impulsando nuestro repertorio teatral más actual.

A este esfuerzo del INAEM por respaldar los primeros pasos de las nuevas generaciones de autores, debemos sumar también los proyectos que desde el Centro Dramático Nacional (CDN) promueven la creación dramática, entre otros, el programa *Escritos en la escena* —enmarcado en el

---

proyecto de investigación teatral del Laboratorio Rivas Cherif-, o el proyecto *Dramatourgias*, un conjunto de talleres de teatro español contemporáneo impartidos por jóvenes escritores que el CDN y la AECID organizan por diferentes países de Latinoamérica. Todas estas iniciativas en su conjunto, sumadas a la concesión del Premio de Teatro para autores noveles Calderón de la Barca, forman una sólida estructura desde la que promocionar a nuestros jóvenes escritores teatrales en las etapas iniciales de su recorrido profesional.

A los autores incluidos en las cinco ediciones anteriores del programa, se añaden en esta nueva promoción cinco nombres que reflejan el momento de especial pujanza que vive nuestra dramaturgia actual. Con orígenes y aproximaciones diversas, no cabe duda de que el público pronto disfrutará de las propuestas de Celso Giménez Zamora, María Prado Sánchez, Francisco Javier Sahuquillo Vallejo, Víctor Sánchez Rodríguez y Ernesto Suárez Is. Mi enhorabuena desde aquí a esta nueva generación que esperamos aplaudir muy pronto sobre los escenarios.

**Montserrat Iglesias**

Directora general del INAEM



---

## En la capilla de Javier Sahuquillo

**Pedro Villora**

**H**istoriador y dramaturgo, Javier Sahuquillo ha escrito obras excelentes a propósito de personajes notables (si bien teatralmente poco atendidos) de la historia de España. Es el caso de *Mogadur*, en la que aborda la experiencia del científico Jorge Juan como embajador extraordinario de Carlos III en Marruecos, y de *España con honra, España sin rey*, donde recrea el asesinato de Prim en medio de una investigación periodística capitaneada por Benito Pérez Galdós.

En ocasiones se acerca a periodos y países familiares por sus imágenes cinematográficas, como cuando visualiza la tragedia de Orestes dentro de la Guerra de Secesión estadounidense en *Alimento para mastines*, que a su vez se emparenta con *Fedra* por la relectura de los mitos griegos, y con *High Noon* por el abordaje de una mitología de construcción más

reciente como es la del western. Esta última, por cierto, con su desenlace abierto sobre la contemporaneidad, ilumina otro foco de atención temática de Sahuquillo: la lectura grotesca del presente. Así ocurre en la parodia de los grupos antisistema y revolucionarios de *#lodelmono* o en la crítica de la educación superior degradada de *Los últimos de Filipinas*.

*La capilla de los niños* pertenece a este grupo, consiguiendo la difícil proeza de integrar la reflexión acerca de la propia creación teatral con el cuestionamiento de la investigación del crimen de las tres niñas de Alcácer. Plantea también las habitualmente difíciles relaciones familiares, complicadas aún más en la era de las nuevas tecnologías de la comunicación, y ofrece un amplio campo de acción a los vínculos sexuales perversos.

La obra no se centra en ninguno de estos aspectos referidos, sino que va desplazándose de uno a otro en un claro reflejo de la falta de solidez de un protagonista sin puntales a los que aferrarse: ni joven ni viejo, ni talentoso ni fracasado, desubicado y sin referentes, el escritor imaginado por Sahuquillo, valenciano como él, dramaturgo como es su caso y también llamado Javier, comprende ante el cuerpo embalsamado de un niña palermitana que pocas certezas hay mayores que la muerte, lo cual supone un norte en medio de un mundo que se deshace.

En sus piezas históricas y trágicas, Sahuquillo tiende a una elegancia de lenguaje que inmediatamente se asocia con cierta actitud melancólica, como si el pasado, sin ser bueno, sí fuese al menos mejor, a la vez que irrecuperable. Vemos ahí deseos insatisfechos, sueños frustrados, la con-

ciencia dolorosa del error... Cuando se vuelve humorista farsesco, Javier Sahuquillo es descarnado, cruel, corrosivo. En *La capilla de los niños* se mezclan estos dos aspectos del mundo del autor: la vivencia estéril del enganche más sexual que amoroso, la ciudad detenida en un tiempo donde el progreso se da de bruces con la tradición y la costumbre, el dolor que acompaña al conocimiento o siquiera a la curiosidad, la brutalidad como amenaza insoslayable, la desventura... Todo ello junto a la burla de algunos modelos actuales de escritura dramática, la impostura cultural, la egolatría artística...

Javier Sahuquillo es un escritor incómodo, poco complaciente con su entorno, escéptico respecto de normas, convenciones y lugares comunes. Pero por eso mismo es un escritor al que apetece seguir y dejarse sorprender. Sahuquillo sabe.

**P. V.**



---

# La capilla de los niños

*Todo hombre vive su propia vida y muere su propia muerte,  
esto es lo que creo.”*

**Jens Peter Jacobsen**

A Miriam, Toñi y Desirée. Ellas son memoria  
de España.

A Alonso Baño Fontán, luz recién nacida en  
un mundo lleno de oscuridad; porque tengas  
el don de correr más rápido que la Muerte.

A Juan de Vera y Laura Sanchis, cruzados tea-  
trales de un teatro sin Fe.

## **PERSONAJES**

ESCRITOR, 34 años.

NATALE, 20 años.

EMMANUELE ALDROVANDI, dramaturgo italiano.

LUIS, hermano del escritor, guardia civil de la 311  
comandancia de Patraix.

MARIO, tiene un amplio conocimiento sobre las  
colmenas.

DOCTOR FRONTELA, médico forense.

DOCTOR VERDÚ, médico forense.

ROSALIA LOMBARDO, niña momificada.

MIRIAM, TOÑI y DESIRÉE, niñas desaparecidas.



---

La acción sucede en una pequeña buhardilla de la ciudad de Palermo, en via Fiume 3, quinto piso. O tal vez en las catacumbas de los capuchinos o en la capilla palatina o en cualquiera de sus calles. Puede que también suceda en las cloacas del Estado.

Todos los textos que aparecen en letra "**Courier**" son documentos reales que me he limitado a transcribir. Disculpen los errores ortográficos que contienen, pues he respetado el original.

A pesar de la variedad de personajes la pieza está concebida para que la interpreten sólo dos actores. El escritor sería siempre el mismo actor, mientras que el actor que encarna a Natale será el encargado de representar al resto de personajes.

---

## I

Estaba preparando mi mudanza. Dejaba Madrid. Seis años en la capital es una buena infancia. Volvía a Valencia, derrotado. Lo mejor sería sacarse una plaza en el instituto y torturar adolescencias.

Café con leche y pincho de tortilla. Uno sólo se madrileñiza si lo hace desde el desayuno. “Es duro fracasar, pero es peor no haber intentado tener éxito.” Theodore Roosevelt.

Los últimos ahorros gastados en contratar una casa de mudanzas. Había llegado a Madrid con veinticinco libros. Ahora había más de trescientos. ¿Cuántos me habría leído?

Suena el teléfono. ¿Sí?. “Ciao Javier, come stai?”

Era Emmanuele Aldrovandi, joven y prestigioso dramaturgo italiano. Nos habíamos conocido en Barcelona, hacía unos años, en un Festival de dramaturgia sobre la crisis. Os recomiendo, encarecidamente, su lectura.

Gracias, Emmanuele, pero ya no escribo. C'est fini.

Tengo una oferta que no podrás rechazar. Le quedó muy Corleone. “Giusto voglio parlarti della Sicilia”. Una residencia artística, alojamiento y gastos pagados, un taller con dramaturgos de diferentes países, escribir la obra en un mes. ¿Se paga el texto? “Dai, siamo in Italia... ma ti darà riconoscimento internazionale e avrai tanti like sul Facebook! L'aéreo anche devi pagarlo tu.”

Suspiré. Miré las cajas de libros.

“¿Quindi, allora?” Aldrovandi, me quedan menos de doscientos euros en la cuenta y... “Perfetto, hai un aéreo, Madrid – Trapani per 75, Ryanair. Io ti prendo e ti porto a Palermo. Esci domattina. Ti va bene o hai gira dei tuoi spettacoli?”

¡Gira! Que chistes macabros se gastan los italianos. Ay, por favor...

“Solo una cosa, niente de quelle opere che ti piaciono tanto, devi scribere su un fatto reale, devi scribere su una notizia de giornale.”

II

Al día siguiente, me encuentro en Trapani, me pregunto qué pensará mi madre cuando le lleguen las cajas sin hijo. Me abrazo con Aldrovandi y en una hora estamos en Palermo. No había vuelto desde el Erasmus. Habían pasado más de diez años. Todo estaba igual, se conservaba como una película de Fellini. Mi amigo me dio una carpeta con los horarios del taller. “Ti ho presso un airbnb, so come ti piace il centro storico, non so bene perché, ma vabbé! Ora ando a prendere a i tedeschi. Ciao.”

La dirección estaba en el llavero. *Via Fiume, 3. Quinto piano*. Frente a la casa en la que yo había vivido hacia once años antes, el tiempo, a veces, se difumina en un borrón caprichoso, como de niño, cuando usabas las gomas Milán para evitar que el color abandonara el contorno al que pertenece y todo devenía en un azaroso e inoportuno Cézanne.

Era un, por decir algo, apartamento pequeño. Justo este que veis aquí. Este mismo.

Había logrado que algunas cajas me las enviaran a Palermo. Todo parecía haber llegado extrañamente rápido. Ojalá el teatro fuera tan eficaz como una casa de mudanzas. Me asomé al pequeño balcón. Desde él se veía mi antiguo dormitorio. La casa parecía cerrada desde hacía tiempo. Me invadió cierta nostalgia de juventud. Cerré el balcón y me puse a explorar el pequeño apartamento. Todo estaba a

mano. Tampoco necesitaba mucho más. Tenía cierto aire decadentista. En Ruzafa dirían que *vintage*, pero, simplemente, era viejo.

Abrí la maleta, pensé en deshacerla, pero ya habría tiempo e hice lo primero que hago cuando viajo, sacar todos los libros y conectar mis dispositivos a la red *Wi-Fi*. Conecté el móvil al altavoz portátil y sonó algo de Vivaldi.

Después me conecté a una de esas aplicaciones para ligar, en busca de alguien que tuviera tantas ganas de sexo como yo. Había varios hombres conectados, 28, no muchos, Sicilia y el catolicismo... estuve un buen rato chateando. Cada sociedad tiene sus taras sexuales y estas aplicaciones son el microscopio perfecto desde dónde observarlas.

Una luz se encendió en la casa de enfrente. Tal vez no estuviera deshabitada. Me acerqué al balcón. Pero todo volvía a estar oscuro.

Será el cansancio.

Y, sin embargo, era como si alguien me estuviera mirando desde la ventana de enfrente. Cerré las contraventas y me fui a dormir.

### III

A las seis de la mañana me desperté. Intenté volver a dormir, pero fue en vano. Escapé de las caricias de las sábanas y me di una ducha. No había comida en la casa. Decidí bajar a desayunar al *Caffè Roma*. Un lugar pequeño, pero acogedor. *Macchiato* y *cornetto* de crema. Los franceses presumen de sus cruasanes, pero es porque no han probado los sicilianos.

Tenía tiempo antes de que comenzara el primer día del taller de escritura, así que decidí caminar hasta la *Universita degli Studi di Palermo*. Marqué el destino en *Google Maps*, aunque recordaba como llegar.

Vi iglesias coronadas por calaveras a las que el tiempo había desdentado. Vi un hombre que se tambaleaba y se desplomó. La gente se agolpó a su alrededor. Vi una mujer embarazada. Se arrastraba a duras penas pegada a un muro alto y caliente, que tentaba tratando de convencerse de que seguía allí. Sí, allí estaba. ¿Al otro lado del muro? Un hospital. Bien. Le ayudarán a dar a luz, saben cómo hacerlo. Y al final de la calle una iglesia, con unas cúpulas enormes y rosadas, como el vientre de la mujer. La callejuela empezó a oler por todas partes. Olía a incienso, a la grasa de las frituras sicilianas, a miedo.

Un niño en un cochecito parado: era rollizo, verdoso y tenía un sarpullido visible en la frente. Al parecer, el niño se estaba curando y no le dolía. Dormía con la boca abierta, respiraba incienso, frituras sicilianas, miedo.

Me pierdo entre dunas de gente que pasean por el Mercado de *Ballarò*. Se escucha un sonido fuerte, como de *mas-clet*. Durante unos instantes creo ser el visitante de un enorme museo de cera, sólo mis pies parecen empeñados en hacer girar el globo terráqueo. Me sorprende la capacidad que tiene un petardo de asustar fuera de Valencia. Y con la normalidad regresa el olor a incienso, a frituras sicilianas, a miedo.

#### IV

La Universidad de Palermo nunca se caracterizó por su comodidad. Dispersa en multitud de sedes es un monstruo que, repartido por la ciudad, trata de inculcar conocimiento a sus habitantes. Todo en Italia es viejo, como mi apartamento. Podría decir decrepito. Incluso la moral de sus habitantes renquea como una vieja que ya no saborea su aliento.

Aldrovandi me recibe con una sonrisa. Pisamos las desconchadas escaleras, hasta llegar a un aula minúscula. Casi podemos oler la ropa interior de nuestros vecinos. El león de *Emilia-Romagna*, como había apodado a mi amigo, una suerte de Garibaldi de la escritura dramática, nos explicaba cómo se iba a desarrollar el taller.

Al principio, me sorprendió ver que todos traían sus proyectos diseñados. Achaqué a la pereza ibérica mi falta de preparación. Pronto me di cuenta de que, simplemente, yo era un segundo, tercer o cuarto plato. Algún otro asistente abandonó a última hora y el único idiota que había descolgado el teléfono a Aldrovandi era yo.

Como en casi todos los cursos de escritura, el momento de presentación de proyectos suele ser una mezcla de pedantería atroz y sopor austral. Allí sólo se hablaba de posmodernismo, fragmentación, transdisciplinar, hipertextualidad y galenaje dramático. Lo único que se respiraba era la paracelsitud teatral más abyecta: la transmutación de la



mierda en oro, eso sí, presentada en brillantes *powers points* donde la charlatanería era más importante que contar una historia.

El españolito había quedado para el final. Nuestro Garibaldi me dio paso. Tras aquel batiburrillo de ego e imágenes de internet, abrí mi cuaderno, poblado, únicamente, por unos intentos de geometría garabateados durante los *speechs* de mis predecesores. Miré a mi amigo. Volví a mirar el cuaderno. Los asistentes me observaban con ojos anisados.

Bebí un trago de mi botella personalizada y me encomendé a mi tía abuela Trini, la más trafullera de la saga Sahuquillo.

Tengo treinta y cuatro años y me hallo aquí, en este habitáculo más mansión de hámster que aula magna. Heme aquí, de pie, frente a vosotros, éste que ha cumplido ya los treinta y cuatro años y de cuya existencia nadie tiene noticia. Estoy aquí y no soy nada, como las páginas de este cuaderno. Y, sin embargo, esta nada se pone a pensar y piensa, desde un quinto piso, en una tarde gris palermitana, estos pensamientos:

¿Es posible, piensa, que no haya visto, descubierto ni dicho nada real e importante? ¿Es posible que haya dispuesto de siglos para observar, reflexionar y escribir, y que haya dejado pasar esos siglos como si fueran la pausa del recreo en la que se come un bocadillo y una manzana?

Sí, es posible.

¿Es posible que, pese a los inventos y progresos, pese a la cultura, la religión y la sabiduría mundana, me haya quedado en la superficie de la vida? ¿Es posible que haya cubier-

to esa corteza que ya era algo, con un manto totalmente aburrido de modo que haya hecho que se asemeje a los muebles del salón durante las vacaciones de verano?

Sí, es posible.

¿Es posible que toda la Historia Universal haya sido objeto de un malentendido?

Sí, es posible.

¿Es posible que nos creyéramos en la obligación de recuperar lo que sucedió antes de que nacióramos?

Sí, es posible.

¿Es posible que debemos recordar a cada individuo que él es fruto de todos los que vivieron antes, porque lo sabe, y que no debe, por tanto, dejarse embaucar por otros que dicen saber otra cosa?

Sí, es posible.

¿Es posible que muchas palabras como los muchachos, las mujeres, los niños ya no tengan plurales sino incontables singulares?

Sí es posible.

Pero, si todo esto es posible, si se vislumbra siquiera la posibilidad, entonces debería suceder algún cambio. El primero que llegue y tenga esta idea inquietante debe emprender alguna de las cosas que quedan por hacer, aunque esté solo y no sea en absoluto el más indicado para ello: no hay nadie más. Sahuquillo, éste pobre extranjero insignificante, tendrá que subir los cinco pisos y ponerse a escribir día y noche. Sí, tendrá que escribir para que esto acabe.

*Silencio.*

Los ojos anisados continuaban clavados en mí, como el camaleón frente a la mosca. “Sei bene?”. Mejor que nunca. “Quando vai a cominciare?”

Mostré mi virginal cuaderno que había adquirido hace un rato.

Nada. No tengo nada.

*Silencio.*

Me aplaudieron enfervorecidos.

Nada. Eso era lo que yo entendía del posmodernismo. Nada.

Cuando llegué a casa, a mi quinto piso sin ascensor de la via Fiume después de haber comprado pan de Monreale y sardinas para asar, sonó mi *iphone*. Era Aldrovandi. “Non mi fottere e portami qualcosa domani, mi la stò giocando per te.” Al menos, alguien se había dado cuenta. O, simplemente, había expresado la verdad.

## V

Las raspas sobre la mesa, me senté frente al ordenador. Puse algo de música. Vivaldi. Suena bien. Era bueno este Vivaldi. Un poco manido tal vez. No me concentraba. Apagué el ordenador. Tal vez, era más como Rossini, debía escribir tumbado. Tumbado llegan las mejores ideas. Tumbado o cagando. También paseando al perro. Pero no tenía ni lo segundo, ni necesidad de lo primero.

Y es que uno no tiene nada ni a nadie y viaja por el mundo con una maleta y una caja de libros y, a decir verdad, sin ninguna curiosidad. Pero qué vida es ésta: sin hogar,

sin objetos heredados, sin perros. Si al menos pudiera ser dueño de mis recuerdos. Pero, ¿quién lo es? Si la infancia nos acompañara... pero está enterrada. Quizá deba uno ser viejo para alcanzar todo eso. Imagino que tiene que estar bien eso de ser viejo.

Me levanté del sofá. El apartamento me parecía un invierno. Salí a la calle.

Comencé a andar como cazador sin sabueso. Me tropezaba con esquinas imposibles, con peatones que parecían fuentes y con fuentes huérfanas de gansos. Me detuve en una edicola y compré un ejemplar de la *Settimana Enigmistica*. Tal vez, los crucigramas lograran deshacer la maraña de mis recuerdos. Me detuve en *Quattro Canti*, la primavera estaba averanada. Me apoyé en la piedra, buscando algo de frialdad en este Sur excesivo. Abrí mis crucigramas, siempre se me habían dado mal, como el billar, como el fútbolín. Pasaba las páginas con desidia imperial, en busca del acertijo que fuera mi gasolinera. Me detuve. Había uno que estaba dibujado. Había un crucigrama resuelto, a medio resolver más bien. ¿Me habían vendido una revista usada? Pensé desandar mis pasos para quejarme, pero el olor a miedo se adueñó de mí y continué mi paseo desnortado.

La calle estaba demasiado vacía; su vacío se aburría, me quitaba el paso de debajo de los pies y golpeaba con él, aquí y allá como con un zueco.

El calor desestacionado ahogaba mis pulmones. Necesitaba un oasis. Abrí *Google Maps*. Busqué la heladería más cercana. A dos calles estaban las catacumbas de Palermo. Las había visitado decenas de veces. Si uno busca frío, el infierno es el mejor destino vacacional.

El guardián de esa puerta, que le hubiera encantado esculpir a Rodin, era un fraile capuchino cuya barba parecía un estropajo infinito. Antes de que le pidiera un tique, dijo “*one euro*”. Le tendí un billete de diez. “*One euro*”, repitió. *Sono dieci*, dije. “*Solo una moneta, non biglietti.*” Pensé que alguien se tomaba demasiado en serio el oficio de Caronte.

Crucé al bistró de enfrente. Tomé un *ristretto*. Me cambiaron el billete y pude atravesar el umbral.

## VI

El museo era una maravilla. Y lo mejor de todo es que estaba completamente vacío. En los últimos años nadie está interesado en realizar éste tipo de descensos. La gente rechaza carearse con lo que fuimos, parecemos sometidos a un adanismo pestilente que fusila cualquier tipo de mirada atrás. Era comprensible. En estos días no hay nada más obsoleto que un museo sobre la muerte. ¿Para qué desplazarse a ver frailes capuchinos colgados de las paredes como macabros embutidos de Requena, cuando, por Internet, es posible tener a domicilio la muerte de dictadores o los efectos del gas *sharin* en la población siria?

Después de ponerme mis auriculares y de elegir uno de los conciertos de violín de Vivaldi, empecé a recorrer tranquilamente las galerías.

Los primeros enterramientos son del siglo XVI, todos son de frailes. Era la forma de conservar a sus hermanos. ¿El proceso de momificación? Sencillo. Dejaban que los cuerpos se deshidrataran y los bañaban con vinagre. Después de embalsamados se les volvía a vestir con sus ropas y se les colocaba en su lugar correspondiente. Con el paso del tiempo las familias adineradas de la ciudad solicitaron poder enterrar allí a sus muertos. Las galerías se van transformando hasta convertir el lugar en la capital del Hades. Los sucesivos pasillos separaban a hombres de mujeres, a profesionales de monjes, a las vírgenes de los ancianos,

generando una suerte de castas funerarias.

Al final de un recodo estaba la zona de los niños. La capilla de los niños. Era el lugar más protegido del museo. Una cancela separa el mundo infantil del de los adultos, como si quisieran salvaguardar los diminutos cuerpos de las posibles atrocidades de sus genitores.

Entre todos los niños, destaca una. Rosalía Lombardo. La última persona que se enterró allí. Estaba perfectamente conservada. Parecía que dormía el sueño *hamletiano*. Murió a los dos años. Su padre encargó al doctor Alfredo Salafia que la embalsamara, logrando la momia perfecta.

Necesitaba verla más de cerca. Me apoyé en la cancela y está cedió. Ignoro si por mi peso o porque estuviera abierta. Entré en el mundo de los niños. Antes se sabía, o tal vez se intuía, que cada cual llevaba consigo su muerte igual que el fruto la semilla. Los niños llevaban una muerte pequeña y los adultos, una grande. Las mujeres la tenían en el seno y los hombres, en el pecho. Uno era dueño de su muerte, y eso le daba una dignidad particular y un discreto orgullo.

Abrí, con precisión de arqueólogo, el pequeño ataúd acristalado. Y, sin que nadie me viera, me animé a hacerlo. Acerqué mi mano y la acaricié. Mis dedos se deslizaban por todo su cuerpo. Las frágiles piernas, las manitas, el pecho, los mofletes, el cabello. En un momento sentí algo en mi garganta. Y luego en el pecho. Aquí. En esta parte. Como si durante unos segundos algo se detuviera en mí, mientras tomaba conciencia de que estaba acariciando algo tan lejano y ajeno, y sin embargo tan próximo y familiar.

De pronto, escuché que alguien se acercaba y regresé al lado de la valla que me correspondía y, sin dejar de mirarla, permanecí unos minutos en silencio.



## VII

Cuando salí del museo me di cuenta de que tenía hambre y recordé que todavía no había comido los famosos *cannoli*. Cerca del *duomo* estaba una de esas confiterías que elevaban la *ricotta* a ambrosía.

La plaza estaba abarrotada. El sol abrazaba mis muslos. Los extranjeros, en esta ciudad se entregan con indolencia a las posibilidades más disparatadas. En su existencia cotidiana, confunden lo extraordinario con lo prohibido.

Qué imagen grotesca la mía, de verme, acto seguido, aplaudiendo a la masa, movido por el odio contra ese malentendido que estaba en boca de todos.

Fue en este estado de ánimo ridículo cuando reparé en él. Su espalda contra el pedestal sobre el que se erguía *Santa Rosalia*, patrona de la ciudad y quien en 1624 había terminado con la epidemia de peste que castigaba la ciudad. Estaba bañado por el crepúsculo y me observaba; no me observaba con los ojos, que tenían un aire grave y reflexivo, sino con la boca, que imitaba, con ironía, la expresión disgustada de mi rostro. Luego, tras un momento de duda, nos sonreímos a la vez.

Me recordaba, si se quiere, a cierto retrato de juventud de Federico II de Sicilia. Era imposible ver la oscura calma de sus ojos sin intuir la clara oscuridad de su voz. Los rizos de su cabello y su look noventero eran tan de Copenhague que me decidí a hablarle en danés.

Pero aún no me había acercado lo suficiente, cuando un grupo de chicos se arrimó a él. Le tendieron una cerveza, *Forst*, la más barata de la ciudad, la descorchó con el culo del mechero, la espuma le manchó la camiseta. Me miró divertido. Pensé que me iba a invitar a compartir aquella cerveza italiana de falso nombre alemán. Pero brindó con sus compañeros y bebió un largo trago. Me sentí palidecer de decepción; mi mirada se llenó de reproche, me di la vuelta, no merecía la pena hacérselo ver. Impulsé mis pasos hacia *corso Vittorio Emmanuelle*. El perfume floral de su calor me invadió.

NATALE.- ¿Quieres?

Le miré en silencio.

NATALE.- ¿Quieres? Me voy a quedar con mis amigos. No porque ellos me lo pidan o por guardar las formas, sino porque necesito reír.

Bebí de su cerveza. Coló su brazo por el mío y me llevo hasta su pandilla. Nos sentamos en el suelo. Sacaron un par de guitarras. Las cervezas se multiplicaron. Plantamos chapas como si fuera trigo. Él cantó una canción de Fabrizio D'André y ahorcó mi estómago. Acabamos solos, abrazando las farolas. Creo que era un viernes. Un perro, grande, enorme, negro, seguía nuestras piernas torpes. El chico se asustó. Miré al animal, le acaricié las orejas.

NATALE.- ¿Se te ha ido la pinza?

ESCRITOR.- Si chiama Vladimir. Vladimir Lenin.

NATALE.- ¿Es tuyo?

NATALE.- Eres gilipollas, chico español.

ESCRITOR.- Non sei scasaminchie.

NATALE.- ¿Aragonés?

ESCRITOR.- Valenciano.

NATALE.- Natale.

ESCRITOR.- Javier.

NATALE.- Javi.

ESCRITOR.- L'ultima?

NATALE.- ¿Dónde vamos? Todo está cerrado.

ESCRITOR.- Ho nero d'avola a casa.

NATALER.- ¿Quieres ir a tu casa?

*Silencio.*

ESCRITOR.- Mi dispiace, non volevo...

NATALE.- Ammuni.

Y corrimos por *via Maqueda*, dirección *via Fiume*, mientras Vladimir Lenin nos miraba con cara de incomprensión maternal.

VIII

Tres días y tres noches estuvimos celebrando una Pascua pagana. No recuerdo si comimos, ni si fuimos capaces de levantarnos a por algo de beber. Llegó un punto en que nuestros estómagos se volvieron sufragistas de la alimentación y, a nuestro pesar, lograron su objetivo.

NATALE.- ¿Pizza?

ESCRITOR.- Cocino algo.

NATALE.- Daaaaaaaai. Pizza.

ESCRITOR.- Pasta siciliana.

NATALE.- No insultes a mi tierra.

ESCRITOR.- Me enseñó un agrigentino.

NATALE.- Que te enseñaran no significa que seas capaz de repetirlo.

ESCRITOR.- Pasta a la Davide di Pasquale. Así se llamaba él. Davide di Pasquale. Dottore Davide di Pasquale. Tardó ocho años en terminar la laurea.

NATALE.- ¿Otro amante?

ESCRITOR.- Un amigo.

NATALE.- Dime la verdad.

ESCRITOR.- Pones a calentar el agua, con las dos hojas de laurel y le echas una punta de Peperoncino. No salas el agua hasta que hierva, si no tardará más en

hacerlo. Cuando esté lista, echas la pasta, la dejas cocer el tiempo que indica el paquete, ni un minuto más. Troceas la cebolla, en aros; el champiñón laminado, incluye el tallo. No se desperdicia nada. Sofrías la cebolla, una pizca de sal y quedará más brillante, después añades los champiñones, las aceitunas y el atún. Algo de perejil y un vasito de Zibbibo. Cuando la pasta esté cocida y colada la mandas a la sartén. Mezclas todo unos minutos. Retiras del fuego, entonces le añades la nata, se liga con el calor de la pasta. Después esparces queso y peperoncino al gusto.

NATALE.- Llévame a casa.

ESCRITOR.- ¿En brazos?

NATALE.- He estado demasiado tiempo aquí.

ESCRITOR.- ¿Ya te has aburrido?

NATALE.- Tengo que ir a casa.

ESCRITOR.- ¿Dónde vives?

NATALE.- *Bagheria*. Llévame en coche.

ESCRITOR.- No tengo coche.

NATALE.- Consigue uno.

ESCRITOR.- ¿Por quién me tomas?

NATALE.- ¿No descienes de un virrey?

ESCRITOR.- Pero eso...

NATALE.- ¿Era mentira?

Bajé al cajero automático. Saqué la última pareja de billetes y alquilé un coche en la estación de trenes. Un

rato después estábamos en *Bagheria*. El municipio lo había fundado el Príncipe de Butera, pero ahora era un suburbio industrial. Natale me indicó los giros pertinentes hasta que nos detuvimos en el número ciento uno de *corso Reale*. Era un edificio de los años ochenta, bastante mal conservado, tenía cuatro plantas. Fui a besarle, pero me detuvo. Salió del coche con agilidad de prestidigitador.

Respiré hondo. No lo volvería a ver. Golpearon la ventana del conductor.

NATALE.- ¿Quieres subir?

Nos besamos en el portal. Nos besamos en la escalera. Nos besamos en el rellano del cuarto piso. Nos besamos frente a la puerta siete y después me dio una bofetada.

NATALE.- Ahora eres un hombre.

La casa estaba destartalada. Apenas tendría sesenta metros. Había literas hasta en el comedor. Eran ocho hermanos, algunos aún adolescentes, aunque la mayor ya no vivía allí. La madre arrastraba los pies con la pesadez de un gólem. Empezó a insultar a su hijo en un idioma extraño mezcla de siciliano y brasileño. Hice ademán de marcharme, el chico lo impidió. Me sentó en el salón. Está loca, me dijo. Y desapareció en una de esas habitaciones minúsculas como si se hubiera adentrado en el laberinto de Creta. Se me acercó uno de los hermanos. Tendría diecinueve años. Se presentó como Enrico. Era de una belleza dolorosa. Me empezó a hablar del rosa. Era su color favorito. Era la *maglia* del Palermo. Me enseñó sus calzoncillos rosas.

Natale lo apartó de un golpe. Es retrasado, me dijo. Pero yo sólo deseaba acariciar ese rostro que parecía esculpido por Donatello.

Tomamos unas cervezas hasta que anocheció. La madre acostó a los pequeños y salió a trabajar. Lo hacía en un matadero de pollos cercano. Me ofrecí a llevarla, pero declinó mi proposición o eso entendí. Natale hizo un gesto para que esperara. Cuando se fue su madre, sacó a su hermana de la habitación, era una privilegiada, tenía una habitación individual. Allí estaba el teléfono de la casa. Natale se desnudó, le dije que estaba loco, saltó sobre mí como un azor.

Cuando terminamos me dijo que me vistiera y me fuera.

ESCRITOR.- ¿Quieres mi número de teléfono?

NATALE.- ¡Fuera!

Salí con los zapatos en la mano. Enrico me esperaba en la puerta, como un mayordomo solícito. Me abrió la puerta. Me cogió del brazo y me dijo, “Es un demonio.”

Arranqué el coche, seguí las señales hasta la playa de *Mondello*, allí habían desembarcado los normandos, de su semen había nacido Federico II. Bajé del Fiat 500. Corrí por la arena acementada. Llegué frente al mar, casi vomitando por el esfuerzo. Nos miramos. Grité.

IX

Me despertó la vibración del móvil. “Spero che oggi mi porti il progetto”. ¡El proyecto! ¡Minchia! Me hubiera gustado decirle: ¿De qué voy a escribir, si estoy muerto?

La cama olía a él, todo el apartamento se había convertido en él. Pensé en llamarle, pero no tenía su teléfono. No podía dejar de imaginar su pecho desnudo. ¿Dónde estará? No podía dejar de pensarlo. ¿Dónde estará?

Pensé en volver a *Bagheria*. Volver a aquella casucha de suburbio industrial. Su imagen era lo único que tenía en la cabeza, no podía pensar en la obra que me pedía Aldrovandi. Ni en nada.

Bebí los restos del vino, como si bebiera su sangre.

Hasta que de pronto, en un momento, pensé en este texto. En esta escena. Fue en lo único que pude pensar. En el texto nuevo. Una obra en la que soy yo mismo contando esto. Un texto que hable de *via Fiume, quinto piano*, de los encuentros con Natale y su parecido con Federico II, del Erasmo que nunca tuve, de mis pies mapeando Palermo, de Vivaldi, D’andrè y Tony Renis. De Cezanne y Delacroix. Del incienso, las frituras sicilianas y el miedo. Un texto, en el que todo se enreda y que sucede en mi apartamen-



to, en este *Airbnb* que han buscado para mí y en el que trato de escribir una obra imposible. Donde narro mis encuentros con Natale, pero también con mi pasado, con mi infancia, como si todo fuera un verso de Rilke dilatado en el espacio-tiempo. Y sin embargo, a pesar de todo esto, notaba que me faltaba algo, que las historias domésticas no le interesan a nadie, incluso, tal vez, no deberían ser contadas.

Y justo cuando estaba pensando en esto golpearon la puerta. Estaba ahí. Era Natale.

Estaba tal cual lo imaginaba. Tal cual lo había imaginado en mi cabeza. Como si Natale no existiera. Como si fuera un invento mío. Y, sin embargo, ahí estaba.

Nada más abrir la puerta nos desvestimos a trompicones y empezamos a follar sin decirnos nada. Nada.

Miré el móvil. Había pasado una hora.

NATALE.- ¿Nunca dejas el teléfono?

ESCRITOR.- No lo sé.

NATALE.- Si tuvieras uno de estos no lo mirarías tanto.  
Podrías darme tu iphone.

ESCRITOR.- Statti zitto.

NATALE.- Un escritor no necesita *Apple*, sólo papel y lápiz.

ESCRITOR.- ¡Estamos en el siglo XXI!

Sonó mi móvil. Lo volví a mirar.

NATALE.- No te gusta estar conmigo.

ESCRITOR.- No. No es eso. Si no me gustara no estarías ahí. Delante de mí. Desnudo.

NATALE.- Quiero que volvamos a hacerlo. Chúpamela. Javi, Javi. Chúpamela un poquito.

ESCRITOR.- A mi también me gusta. Pero ahora es imposible. Tengo que redactar el proyecto.

Era obvio que le gustaba mostrarse. Ser visto. Era hermoso y lo sabía. Lo sabía mejor que nadie.

ESCRITOR.- Te gusta.

NATALE.- ¿Qué cosa?

ESCRITOR.- Que te miren.

NATALE.- ¿A ti no?

ESCRITOR.- No, no... en los libros... a mí que me miren en los libros.

NATALE.- ¿No eres tú?

ESCRITOR.- Sí y no. Siempre partes de una experiencia personal, sin duda, pero la clave de todo es lograr disfrazar lo real con lo imaginario, de tal modo que nadie pueda darse...

NATALE.- ¿Puedo fotografiarte?

ESCRITOR.- Dame mi teléfono.

NATALE.- No te vistas. Así. Así. Quieto. No te muevas.

ESCRITOR.- Odio las fotografías.

NATALE.- Pero a mi no me odias.

ESCRITOR.- Para.

NATALE.- Un par más.

ESCRITOR.- Ya.

Dejó el teléfono, me robo un libro y abrió la puerta.

ESCRITOR.- ¿En qué año naciste?

NATALE.- 1997.

Y se marchó.

1997, 1997, 1997... ¡Eso era! Eso era lo que me faltaba. Mis recuerdos viajaron a mis quince años, a un juicio televisado, a Nieves Herrero, a Paco Lobatón, a la telebasura, a la desaparición de tres niñas. Tres niñas. Miriam, Toñi, Desiré. Niñas, como Rosalía Lombardo, momificadas en la memoria colectiva.

Cuando uno escribe se puede permitir todo. O casi todo.

## XI

En 1992 el PSOE comenzaba a hacer aguas, las contradicciones y tejemanejes del Presidente González se habían convertido en un enorme ciprés difícil de ocultar. El Ministro del Interior era José Luis Corcuera, famoso por su ley de patada en la puerta. El Secretario de Estado para la Seguridad era Rafael Vera, caso GAL. El Director General de la Guardia Civil era Luis Roldán, los fondos reservados. Póker de ases.

El viernes 13 de noviembre de 1992 desaparecieron Toñi, quince años, Miriam, catorce años, Desirée, catorce años.

Setenta y cinco días después, el 27 de enero de 1993, aparecieron los cadáveres de las niñas en un paraje conocido como “La romana”. Un apicultor jubilado, que había ido a comprobar el estado de sus colmenas, descubrió una mano, semienterrada, entre unos matorrales.

Esa noche, Nieves Herrero, que presentaba un conocido programa, emitió un especial desde el teatro de Alcàsser, con la familia de las víctimas en el escenario y todo el pueblo en el patio de butacas. La emisión, en riguroso directo, transportaba el dolor de las familias a todos los hogares españoles.

Esa noche, nació la telebasura.

La versión oficial condenó a Miguel Ricart y Antonio Inglés, al que nunca se le ha encontrado, ni vivo ni muerto, como los asesinos de las adolescentes. Los dos jóvenes de 20 y 21 años, en un Opel Corsa, de color blanco, y “posiblemente en compañía de alguna persona más, observaron a Desirée, Miriam y Toñi, quienes se encontraban practicando *auto-stop* con la intención de llegar a la discoteca Coloor, de Picassent, momento en el que los acusados se pusieron de acuerdo en recogerlas con la finalidad de satisfacer con ellas sus deseos libidinosos, por lo que deteniendo el vehículo, una vez sobrepasadas las mismas, les invitaron a subir indicándoles que las llevarían a su destino.”

Ricart, Inglés y esa otra persona o personas que les acompañaban, secuestraron, violaron y mataron a las tres chicas.

Desde entonces, Miriam, Toñi y Desirée fueron conocidas popularmente como “Las niñas de Alcàsser”.

Número de orden: 820/92.- Atestado instruido por desaparición de tres chicas jóvenes.

Don Pedro Huertas Alcaraz, Sargento 1º de la Guardia Civil, Comandante de Puesto de Picassent, perteneciente a la 311ª Comandancia de dicho Cuerpo (Valencia), por medio del presente atestado hace constar:

Que a las 9,40 horas del día catorce de noviembre de 1992, comparece en esta Casa-Cuartel, Fernando García Mediano, nacido el día 14 de diciembre de 1951 en Sevilla, casado, industrial, hijo de Fernando y María,

vecino de Alcácer (Valencia), denunciando que, su hija Mirian García Iborra, nacida el 28 de julio de 1978 en Valencia, estudiante, hija de Fernando y Matilde, a las siete de la tarde del día de ayer 13, salió de su domicilio con el fin de venir junta con otras amigas a la discoteca "COOLOR" de esta localidad de Picassent, donde celebraban una fiesta los estudiantes del instituto de Picassent. Que las otras dos chicas que la acompañaban se llaman una María Deseada y la otra Antonia, vecinas las dos también de Alcácer. Que hasta el momento, después de haber salido a la hora citada en el día de ayer, no han vuelto a su domicilio ninguna de las tres, desconociendo las causas y su actual paradero. Habiendo hecho gestiones tanto él como los padres de las otras dos chicas, comprobando que no llegaron a estar en la mencionada discoteca, ya que en la misma hubieron otras amigas que no las vieron a ninguna de ellas.

Preguntado si tiene idea donde puede haber ido, dice que no.

Preguntado por las señas peculiares de su citada hija, dice que 1,72 de estatura, complexión normal, pelo castaño claro, largo hasta por debajo de los hombros y ondulado, tez blanca, ojos azules, nariz recta, cara un poco alargada; habla en castellano y valenciano; vestía en el momento que salió del domicilio pantalón vaquero azul, camisa blanca y chaqueta vaquera color azul claro, zapatones de color negro. Va indocumentada y sin dinero.

JAVIER SAHUQUILLO

---

Preguntado si en caso de aparecer su hija sufraga gastos de retorno, dice que sí.

Hace entrega de una fotografía de su citada hija para unir a las diligencias.

## XII

Había soñado con La romana, donde habían sido enterradas las niñas, con la mano que salía bajo tierra, como si fuera una de esas manos de los muertos de las catacumbas. Una mano que mecía los dedos por el viento, parecía que tenía algo entre las falanges, un papel gastado, el viento en Tous golpea como Sansón, pero los dedos de esa mano parecían no querer soltar el fragmento. Lo recogía, intentaba leerlo, pero mis ojos no podían. Lo acercaba y lo alejaba, pero era imposible entender aquellos garabatos. Unas nubes con forma de *trinacchia*, taparon el sol y, entonces, mis ojos, en la oscuridad, pudieron leer “5+7”. Entonces, la mano agarraba mi tobillo y me arrastraba hacia una fosa infinita, una fosa que parecía el buche de unas criaturas de H. P. Lovecraft.

Lo primero que hago en estos casos es buscar en el móvil una página de interpretación de sueños, pero un fuerte olor a ragú inundaba el apartamento. Durante un segundo pensé que había olvidado apagar la olla. A veces, cuando escribes, suceden estas cosas, cualquier acción cotidiana se vuelve enormemente diminuta, casi formícida.

Comprobé los fogones. Apagados. El olor seguía siendo intensísimo. Era uno de esos ragús típicos sicilianos que utilizan el pez espada. ¿Quién cocinaría pasta a las



5 de la madrugada? Abrí las ventanas. El olor parecía venir de la casa de enfrente, de mi antigua habitación. Las contraventanas de la casa abandonada estaban cerradas. Pero, ¿siempre habían estado cerradas? ¿Cómo pude ver la luz?

Sonó el teléfono. Era Mario, un buen amigo.

MARIO.- ¿Qué pasa, sauki, unas cerves?

ESCRITOR.- Estoy en Palermo.

MARIO.- Tío, ¿y no te avisas?

ESCRITOR.- Fue todo muy rápido.

MARIO.- Cada día te pareces más a mí.

ESCRITOR.- Salvo por el pelo.

MARIO.- Pues mañana mismo me pillo un vuelo y...

ESCRITOR.- Mejor, no. Estoy escribiendo.

MARIO.- Eres un mierda.

ESCRITOR.- En cuanto acabe, te vienes aquí, hay unas playas fantásticas y unas mujeres tan hermosas como su arena.

MARIO.- Hecho, tío. Voy a ver si llamo al *Ruben* y...

ESCRITOR.- ¿Sigues teniendo las colmenas?

MARIO.- Sí, miel de la alcarria conquense.

ESCRITOR.- ¿Y en enero vas a verlas?

MARIO.- ¿Estás gilipollas? ¿Quién coño va a ver las abejas en enero? Si están dormidas.

ESCRITOR.- Pero, ¿no podrías ir a verlas en enero?

MARIO.- Pues no sé para qué. Como mucho pasaría con la furgo, así *to* rápido, para ver que no me las han robado. Hasta finales de febrero, como pronto, no valen para un *cagao*.

ESCRITOR.- Gracias, Mario.

MARIO.- De nada, tronco. A ver si nos echamos pronto unas *cerves*.

ESCRITOR.- Será un placer.

Así que los apicultores no tienen trabajo en enero, ¿qué haría, entonces, allí, la pareja de colmeneros que descubrió a las niñas? Comencé a recordar que el caso Alcàsser, había sido bastante polémico. Recordé intervenciones de Fernando García, el padre de Miriam, en la difunta Canal Nou y en Telecinco, con Pepe Navarro, recordé a Juan Ignacio Blanco, el prestigioso criminólogo. Recordé que había gente que pensaba que las piezas del puzle no encajaban a pesar de lo que dictara la sentencia.

Las abejas parecían ser parte de la respuesta.

Si tecleas en *Google* “Niñas de Alcasser” hay 52.400 resultados. Comencé a navegar por internet, leí blogs, visualicé documentales, programas de la época, retrospectivas de *Informe Semanal*, escuché *podcasts*. Era un laberinto del horror. El mundo se divide entre oficialistas, los que defendían la sentencia del juez y conspiranoicos, que, generando múltiples versiones, exculpaban, en cierta medida, a Ricart y Anglés.

Pero, ¿cuál era la verdad?

Suena el interfono. Es Natale, quiere subir, pero ahora no es momento, ahora hay que ordenar muchas cosas todavía, sobre todo en mi cabeza. Se enfada y se va. Me siento culpable. Bajo corriendo las escaleras, los cinco pisos, está en la esquina. Se lía un cigarro. Le llamo. Me mira. Y sale corriendo por *via Roma*.

Quien se acuesta con niños amanece meado.

Conecto el *skype*. Mi hermano es Guardia Civil. De la 311 Comandancia, en Patraix.

LUIS.- ¿Qué quieres?

ESCRITOR.- Necesito tu ayuda.

LUIS.- No te voy a volver a prestar dinero.

ESCRITOR.- No es eso.

LUIS.- ¿Por qué no contestas a mamá?

ESCRITOR.- Eso ahora no es importante.

LUIS.- Está preocupada. No contestas los *wasabs* del grupo “Family Monsters” – mi padre era muy ingenioso –, pero los lees. En los grupos de *WhatsApp* se puede saber cuando uno lee los mensajes, y tú los lees. ¿Los lees o no?

ESCRITOR.- ¿No dices que sabes que los leo?

LUIS.- Quería corroborarlo. Soy profesional.

ESCRITOR.- ¿Me vas a ayudar?

LUIS.- Si contestas a mamá.

ESCRITOR.- No hay tiempo para eso.

LUIS.- Adiós.

ESCRITOR.- La llamaré, dentro de poco. En unos días, lo prometo, dile tú que estoy bien, que estoy en Palermo, que volveré... pronto.

LUIS.- ¿Qué coño haces allí?

ESCRITOR.- Es largo de explicar. Necesito que me consigas el sumario de un caso. Se cerró. O eso creo. Juzgado de instrucción número 6, de Alzira, sumario 101. Mándamelo aquí: Via Fiume, 3, Quinto Piano. Palermo.

LUIS.- Vale, pero...

ESCRITOR.- No hay tiempo. Gracias.

Mi hermano cumplió lo prometido, éste es el sumario 101, bueno está aquí, en esta caja, veinte tomos, 4144 folios, pero yo no llamé a mi madre. Abandoné el grupo de *WhatsApp*, "Family Monsters". Miré el reloj del móvil. Tenía que escribir.

XIII

ESCRITOR.- Tú eres Frontela.

NATALE.- Estoy comiendo.

ESCRITOR.- El doctor Verdú mira impaciente la orden del juez. El doctor Frontela le mira impaciente. Verdú le permite entrar en la sala dónde se están practicando las tres necropsias de las niñas. A Frontela, prestigioso forense contratado por las familias para tener una segunda opinión, no se le había permitido la entrada a la primera autopsia. No hagas ruido.

Esto lo veremos en una escena anterior, pero os pongo en antecedentes.

ESCRITOR.- Un solo hombre, sureño, se tiene que enfrentar a seis médicos valencianos que ha designado el juez de Alzira. Algo extraño, ya que lo lógico es que las autopsias fueran practicadas por los médicos correspondientes a dicha partida judicial. Yo leo a Verdú.

ESCRITOR-VERDÚ.- *¡Está usted haciendo una autopsia muy minuciosa! (Pausa.) Lee.*

NATALE-FRONTOLA.- *Estoy haciendo una autopsia como siempre la hago, minuciosa, responsable y científica.*

ESCRITOR-VERDÚ.- *Es que eso no es lo acordado, quedamos en que usted sólo cogería pelos*

*para estudio criminalístico.* No hables con la boca llena.

NATALE-FRONTALA.- Sería una inmoralidad por mi parte hacer un simulacro de autopsias, y yo no hago inmoralidades sino que cumplo con la misión que me ha sido encomendada y...

ESCRITOR.- Léelo bien, no corras por favor.

NATALE FRONTELA.- ...de la forma más responsable y eficaz, así que las autopsias las efectuaré con la técnica que estime más correcta.

ESCRITOR-VERDÚ.- Eso no es lo acordado.

NATALE-FRONTALA.- *Lo único que se acordó es la realización de un comunicado conjunto y, desde luego, nunca la forma en que yo haría las autopsias porque, como perito, debo cumplir con mi deber de la forma más honesta y más experta posible, al igual que supongo que ustedes harían de actuar como peritos honestos.*

ESCRITOR.- ¿Quieres leer lo que pone?

NATALE.- Pues eso.

Entonces se proyectarían titulares de periódicos sobre la lucha entre los forenses. Parecía la guerra entre la España vieja, rancia y bajo palio y un nuevo país abierto al mundo, que trataba de acariciar, como una coqueta provinciana, la modernidad parisina.

Ahora habla, de nuevo, Frontela. Está cansado. En la sala de autopsias. Solo. Fuma. Usa una grabadora de mano.

NATALE-FRONTALA.- La primera autopsia efectuada a los cadáveres de Desirée, Antonia y Miriam han sido decepcionantes, mediocres, por no decir pésimas. Indico algunos de los muchos errores: Uno: las ropas están empapadas en agua e introducidas en bolsas de plástico con lo que las manchas de sangre, de saliva, de esperma y otras que pudieran existir se desnaturalizan. Dos: El estado que presentan las ropas indica que no han sido estudiadas, aunque en ellas hay indicios de gran interés. Tres: Los cadáveres han sido decapitados por los Médicos Forenses y enviadas las cabezas a otro centro, así como los genitales y manos. Con una toma de muestras hubiera sido suficiente. Cuatro: Me alarma haber entendido, entre las opiniones de alguno de los médicos forenses, sus dudas acerca de si hubo penetración peneana o introducción de palos. Cinco: Cuando pregunté a los médicos por los pelos de cada una de las víctimas, para tomar nuestros, me dijeron que los pelos estaban mezclados; en efecto, en vez separar los pelos de cada víctima, ¡estaban todos mezclados formando una pelota entre las extremidades de uno de los cadáveres! Seis: No han realizado la disección y autopsia de las extremidades de las víctimas. Da la impresión que no saben delimitar lo que son transformaciones cromáticas putrefactivas de las verdaderas violencias. Si no hubiéramos intervenido nosotros se podrían ocasionar notables discrepancias a la hora de constatar las declaraciones de los procesados. Siete: No han sido realizadas radiografías previas. Me pregunto: si las

partes esenciales de los cadáveres: cabeza, manos y genitales, han sido extirpadas para ser estudiadas en otro lugar, y las pocas partes que quedan en el cadáver no han sido estudiadas correctamente, ¿qué han efectuado en la primera autopsia? Me consta que los médicos forenses me han puesto, y siguen queriendo poner, todos los obstáculos que puedan impedir mi labor; prefiriendo queden sombras con tal de salvar su orgullo.

Mis compañeros me felicitaron por el material. Aldrovandi me dio un par de palmaditas en el hombro, como un padre orgulloso. Una de mis compañeras me indicó que le parecía muy interesante el conflicto entre los médicos y puntualizó que con el humor absurdo era mucho más digerible el tema. Me mantuve en silencio. La miré y le dije que nada de lo que había leído en clase era mío. Todo eran documentos originales que simplemente había reordenado, la realidad supera a la ficción.



XIV

Aldrovandi nos animó a celebrar los éxitos del taller con *zibibbo*, una mistela siciliana y allí nos fuimos todos, al *Mercato della Vucciria*.

Aburrido, me acerqué a una *edicola* para comprar el *Il giornale di Sicilia*, los jueves iba acompañado del suplemento cultural. Me detuve frente a las revistas, Bonelli había publicado una reedición de *Dylan Dog*.

Dylan Dog era un detective de lo oculto. Convivía con zombis, brujas, fantasmas. Una ilustración cuidada y un sentido del humor ácido lo convertían en un personaje inolvidable. Compré un ejemplar del tebeo.

Comencé a ojearlo, me encantaba el olor a nuevo de estas publicaciones. Me percaté que el número de la página 57 estaba redondeado con un círculo a boli. ¡Pero que le pasaba a esta isla con los libros! ¿Había terroristas de las novedades editoriales? Esta vez sí volví a quejarme al quiosquero. Entonces me crucé con Natale. La mitad de su rostro estaba amoratado. Salió corriendo. Le endosé mi *zibibbo* al quiosquero y fui tras él. Era más rápido que yo, bastante más rápido. Sentí un pinchazo en el costado, como cuando de niño hacía gimnasia. Aquí. Recordé que Michael Chejov en su libro *Sobre el actor*, indicó a una actriz inglesa que para interpretar su texto imaginara un trozo de cristal afilado moviéndose en su estómago.

Por fin supe lo que había sentido dicha actriz. Mis rodillas, rijosas, decidieron besar el suelo. Tras ellas lo hizo mi barriga y mis labios se sumaron a esa orgía con el empedrado viscoso de Palermo.

Sólo veía sombras a mi alrededor. Las voces eran notas de una sinfonía dodecafónica. Un chorro de agua anegó mi cara, después un buen par de manotazos y las lentes de mis ojos dieron con el enfoque correcto. Y allí estaba él, cogiendo mi cabeza, como un ángel que fugado de una pintura de Caravaggio, me secaba la cara con su *maglia*, mientras apartaba a los curiosos en un siciliano como las trompetas de Jericó.

Alargué mi mano hasta acariciar el viola de su rostro.

NATALE.- Han sido mis hermanos. Por tu visita del otro día. No les gusta que lleve hombres allí. Llevo tres días durmiendo en la calle. Tengo mucha hambre. ¿Compraste un cómic? Me encanta *Dylan Dog*. Te llevo a casa. ¿Me harás una pasta rica? Pero mucha. Mucha cantidad. Que mi plato parezca el Etna. ¿Lo harás?

A casa. A casa. Esa palabra se convirtió en realidad compartida.

XV

El caso Alcàsser era la delicia de un felino porque se presentaba como la madeja más grande del mundo. Me resultaba complejo escribir una ficción cuando la realidad parecía sacada de la más siniestra de las novelas policíacas. ¿Cómo se sintieron los padres? ¿Cuál habría sido su estado de impotencia?

A las autopsias fallidas se le sumaban una serie de “errores” o “pifias” incomprensibles. Por un momento, pensé que estaba mirando el caso desde la óptica de la policía moderna, de las series americanas del CSI. Pero todo parecía más comedia de Jardiel Poncela que instrucción policial.

Al colmenero jubilado, que había encontrado los cadáveres, lo llevaron a la escena del crimen y le dieron unos guantes de látex para que se fuera a buscar pruebas. Cuando estaba alejado de la fosa, un guardia civil de paisano, de los dos que le acompañaban, descubrió tres cinturones y una cazadora vaquera, entre los matorrales. Enseguida los identificó como de las niñas, sin embargo los cadáveres aparecieron con sus propios cinturones.

El guardia civil encargado de hacer fotos del levantamiento del cadáver no hizo ninguna. Alegó que tenía que ayudar a excavar la fosa para que no les dieran las tantas. Cuando le preguntaron sobre la profundidad de

la fosa respondió que era de unos 5 o 10 centímetros. Allí había más de diez hombres para excavar.

Cuándo le preguntaron si era la forma habitual de proceder garantizó que siempre fotografiaba a los cadáveres, pero que no sabía porqué ese día no lo había hecho.

Todos tenemos días malos.

Las evidencias de la escena del crimen no se fotografian en el lugar en el que fueron encontradas. Si no que decidieron juntarlas todas sobre una manta y hacer las fotografías allí. Imagino que no querían gastar carrete.

Al levantar los cuerpos, las cabezas se separaron del tronco, cosas de la putrefacción, decidieron meterlas en la misma bolsa. Imagino que también ahorran en bolsas. Los años noventa fueron difíciles, incluso para las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

NATALE.- Vamos. Me aburro. Llevas una semana así, entre tus papeles.

ESCRITOR.- Les estoy contando a estas personas los errores judiciales...

NATALE.- Ya me terminé *Dylan Dog*.

La idea de que Natale se hubiera mudado conmigo se ennegrecía.

NATALE.- Salgamos. Tienes que divertirte. ¿Todos los escritores sois así de aburridos?

Reconozco que es un oficio difícil de entender.

NATALE.- Hay que abrazar la vida. Llévame a algún sitio.

Llevarle a cualquier lado significaba pagar las cuentas.

NATALE.- ¡Al Carlo V! En Piazza Bologna.

Era un antro asqueroso, en el que una banda nonagenaria tocaba versiones italianas de *Los Panchos*.

NATALE.- Hoy toca sesión de karaoke, beberemos *champagna* y cantaremos canciones que envejecieron mal, como tu pelo.

¿Karaoke? ¿Un autor teatral en un karaoke? ¿En la degradación más absoluta del hombre contemporáneo?

NATALE.- ¿Cuál eliges?

ESCRITOR.- No voy a cantar.

NATALE.- Esperaba más de los españoles.

ESCRITOR.- El siglo XVI nos puso el listón demasiado alto.

NATALE.- ¿No me acompañas?

ESCRITOR.- Todo solista debe tener un admirador entre el público.

NATALE.- ¿Quieres que cante para ti?

ESCRITOR.- Nada me gustaría más en el mundo.

Y Natale cantó *Cuando digo que te amo* de Tony Renis. Adoraba sus rizos, su boca, su pecho, sus pantalones ajustados, su vitalismo impertinente, su chabacanería lingüística. Pero mi cabeza estaba a semanas, a meses, a años de él: En 1992.

XVI

Empapados y curdas como personajes de Valle-Inclán subimos las escaleras. Alguien bajaba a trompicones, colisionó conmigo. Natale le insultó. “*Pezzo di merda*”. Cuando llegamos al rellano había una carpeta sobre el felpudo. Recordé el choque. Bajé las escaleras corriendo, pero aquel desconocido se había perdido entre los goterones. Durante un segundo me planteé apuntarme a un gimnasio, creo que no corría tanto desde que me enfundaba las medias de fútbol con catorce años.

Lo encontré sentado en el sofá, mirando la carpeta.

NATALE.- ¡Números!

Se la quité de las manos y me acerqué al escritorio.

NATALE.- Hoy es la noche de Natale.

Se quitó los pantalones y no me dejó dormir.

XVII

Sonó el pitido de la cafetera. Iba a necesitar buena dosis si quería escribir. Los italianos no la limpian con jabón, lo consideran un sacrilegio. La enjuagan. Sin más. La cafetera conserva el poso de todos los cafés que hace, una cafetera con recuerdos. Inmóvil y férrea como las estatuas de los cementerios.

NATALE.- ¿Café?

Abrí la carpeta, en efecto, eran números. Números de una cuenta corriente. Todos los meses tenía un ingreso de seis mil euros. El tercer día del mes. Eran extractos bancarios desde marzo de 1993 hasta el 2017. No se indicaba el concepto. Al final había una nota manuscrita. “El final del laberinto se encuentra entre los días de la semana, en el número que señalan los muertos.” ¿Qué cojones significaba todo aquello? ¿Alguien se estaba haciendo el gracioso?

Natale dormiría hasta entrada la tarde, así que tenía tiempo para adelantar antes de que pidiera su dosis de atención. La música, el café, el ordenador... todo estaba listo. Mis dedos sobre el teclado y a volar. Sonó el teléfono. Era mi madre. Colgué. Volvió a insistir. Concentración. Me llama otra vez. Colgué. Concentración. Volvió a sonar. Mi madre de nuevo. Querría saber si voy a comer, pero ¡si llevo semanas sin hablar con ella! Concentración. Suena de nuevo. Aldrovandi.

No estoy para la unificación de Italia. Concentración.  
Video llamada entrante. El pesado de mi hermano.  
¡Mi hermano! Descolgué.

LUIS.- Me prometiste que...

ESCRITOR.- ¿Me puedes hacer un favor?

LUIS.- No hablaste con mamá.

ESCRITOR.- Acabo de hablar con ella. Ahora mismo me  
ha llamado.

LUIS.- Estás mintiendo. Esa media sonrisa...

ESCRITOR.- ¿Qué media sonrisa?

LUIS.- La tuya, la pones siempre que mientes.

ESCRITOR.- No es verdad.

LUIS.- Por eso te hago video llamada. Recuerda que he  
estudiado criminología.

ESCRITOR.- ¿Tienes acceso al banco?

LUIS.- Al mío sí.

ESCRITOR.- Quiero decir... ¿puedes averiguar a quién  
pertenece una cuenta corriente?

LUIS.- Supongo que sí.

ESCRITOR.- Te la paso por *WhatsApp*.

LUIS.- Con una condición.

ESCRITOR.- No estamos para la rendición de Breda.

LUIS.- Adiós.

ESCRITOR.- Está bien. ¿Qué es?



Y así es como volví a pertenecer al grupo de *WhatsApp* “Family Monsters”. Aunque nunca escribí nada allí.

Volví al ordenador, todo a punto de nuevo.

Natale se despierta. Se da una ducha. El apartamento es tan pequeño que podía verlo desde el escritorio. Sale sin toalla, mojado, me lleva a la cama y me folla. Pero yo no pensaba en él, ni en sus rizos, ni en su cuerpo enflaquecido por la rabia sino en algo más aterrador que los ruidos de Palermo: su silencio.

XVIII

Era mi hermano. Tal vez hubiera averiguado a quién pertenecía la cuenta corriente. La Guardia Civil del 2017 no era la de 1992. Me escabullí del abrazo de Federico II y salí al balcón.

ESCRITOR.- Si que eres rápido. Acabamos de hablar.

LUIS.- ¿Estás bebido?

ESCRITOR.- Soy tu hermano mayor, un poco de respeto.

LUIS.- Te llamé hace tres días. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué cojones estás haciendo?

ESCRITOR.- Llamaré a mamá.

LUIS.- He oído tu nombre.

ESCRITOR.- ¿En la radio?

LUIS.- En la puta comandancia. Aquí, en la 311. ¿No estarás metido en un grupo anarquista? O peor aún, ¿en la *Yihad*?

ESCRITOR.- ¿De verdad crees que si fuera *yihadista* se lo diría a mi hermano Guardia Civil?

LUIS.- ¿Estás o no?

ESCRITOR.- Por favor, si sólo sé arengar desde el sofá.

LUIS.- ¿Traficas con drogas?

*Silencio. Mira la carpeta que le dejaron en el rellano.*

ESCRITOR.- Alcàsser.

LUIS.- ¿Alcàsser?

ESCRITOR.- Tengo que colgar.

LUIS.- Tete. ¡Tete!

Me vigilaban. Era lo que sucedía en las películas de espías. Cuando estás cerca de la verdad te controlan. Pero, ¿quién? ¿para qué? No era el tiempo de pensar, sino el de actuar. Recordé a Snowden, el localizador del *Maps*, Steve Jobs. Busqué algo de cinta aislante. Tapé la cámara del ordenador. Saqué la tarjeta del móvil. ¡Puto *iphone*! Lo logré con un clip, de los grandes. Saqué la SIM y cogí el móvil de Natale.

NATALE.- ¿Qué haces?

ESCRITOR.- ¿No querías un *iphone*? Es tuyo.

Siguió durmiendo. Puse la SIM en el nuevo móvil, cogí la carpeta que dejaron en el rellano, tal vez no la había observado con el detenimiento necesario. *Cornetto* de mermelada y *machiato per portare via* en el *Caffè Roma*. Pagué con diez euros, me devolvieron todo en monedas de a uno. La cajera se había levantado simpática. Me las eché al bolsillo y me perdí por las calles del barrio de la Kalsa.

Me senté en un parque, extendí todas las hojas. Entre ellas había una que no eran números. Era un informe de la Guardia Civil.

DIRECCIÓN GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

"CONFIDENCIAL"

NOTA INFORMATIVA NÚMERO 128

ASUNTO: 5.1.2.3 -

Sigue...

En un chalet de Benaguasil se descubre que habían entrado en el interior...

Sigue...

Deformaciones sexuales.- De acuerdo con las informaciones facilitadas por Miguel Ricart Tárrega y de los reclusos... se confirma su: homosexualidad. Se le ha visto dentro de la cárcel desnudo con un joven. Indiferencia ante mujeres adultas o incluso jóvenes. Tendencia a crear adicción a la droga entre chicos jóvenes para luego dominarlos. Caracterizaciones.- De acuerdo con las mismas fuentes informantes utiliza cremas, aceites y otros productos de conservación de la piel, a lo que une depilaciones, mostrando tendencia y cierta facilidad para TRAVESTIRSE. Este cambio podría llegar a utilizarlo.

¡Un momento! ¿Antonio Inglés era homosexual? ¿Por qué un homosexual secuestraría a tres niñas para violarlas, matarlas y violarlas después de muertas? Pero sino fue Inglés, ¿quién fue? ¿Ricart? Pero las declaraciones de Ricart están llenas de contradicciones, siempre declara después de que la Guardia Civil haya descubierto nuevas pistas y cambia sus versiones para que encajen con dichas evidencias. Pero... si no fue-

ron ellos...si todo este caso ha sido manipulado desde el principio, si a alguien le convenía que ellos pagaran el pato... están implicados todos. ¡Todos! No, no puede ser. Céntrate, Javier. ¿Centenares de personas implicadas? Jueces, forenses, policías, políticos, la familia Inglés... Es cierto, que tras el caso Alcàsser, algunos de los implicados ascendieron meteóricamente en sus respectivas carreras... no, no... estás perdiendo la cabeza... tienes la fantasía de una portera y si esta imaginación se encauza en la dirección equivocada es capaz de generar las agonías más terribles. La navaja de Ockham: la explicación más sencilla es la verdadera. Fueron ellos; fueron Inglés y Ricart. Pero leí que el colmenero dijo en el juicio que esperaba que los padres le perdonaran algún día...

Levanté la cabeza del suelo. En la esquina del parque una señora siciliana, de las de luto por bandera, me señalaba. A su lado dos hombres me miraban. Tras el 15M uno se especializa en reconocer secretas, así que me tocaba volver a correr.

XIX

Conocía bien las callejuelas de Palermo, pero ellos estaban en mejor forma. Necesitaba despistarlos. Ante mí aparecieron las catacumbas. Entro, meto la mano en el bolsillo, ¡bendita cajera! Suelto el ósculo a Caronte y desciendo. Escucho como el monje reclamaba las monedas y denegaba el papel. Había ganado algo de tiempo. Tropiezo. Me mira cara a cara uno de los habitantes de la ciudad oscura, no sonreía con los labios colgando, su rostro parecía más grande de lo normal, era como si llevara una máscara.

Botas que martillean peldaños. Llego hasta la cancela de Rosalía. La traspaso. Me acurruco junto a ella y le susurro una vieja canción.

XX

“È chiuso! È chiuso!” me golpeaba el monje capuchino con el palo de una escoba. Abandoné los brazos de mi protectora. Había oscurecido. SMS. Decenas de llamadas. Bajo tierra no había cobertura. Tal vez debería venir a escribir a las catacumbas. Entre todas las notificaciones de llamadas de mi madre había un mensaje de texto de mi hermano. “¿Por qué no tienes *WhatsApp*? ¿Ya has roto el *iPhone*? La cuenta corriente es de una familia de Catarroja. Déjate de gilipolces, coge el primer puto avión y vuelve a casa.”

Necesito el pasaporte. No tengo trazas de héroe.

Corro, corro sin mirar hacia atrás, impulsado por el recuerdo de esa sonrisa de labios que cuelgan. Mi cuerpo choca contra algo, caigo al suelo. Me tienden una mano. ¡Era Aldrovandi! Abrazo al garibaldino, al león de la *Emilia Romagna*. *Hai la macchina?* Le digo sin aliento. *Presto! Presto, portami a casa!*

Me senté en su Opel Corsa blanco y me volví a dormir. Mi amigo me despertó al llegar a casa. Me tendió una caja, estaba llena de *pane*, *panelle* y *croque* me dijo que tenía que comer mejor. Se escucharon fuegos artificiales, me sobresalté como si escuchara la orden de un pelotón de fusilamiento. Aldrovandi me dijo, “*non sei valenciano?*” Sonreí amargamente. “*Oggi è*

*Santa Lucia, non si mangia carne, solo pane, panelle e croque.*” Le di las gracias y subí.

Dejé la caja sobre la encimera.

NATALE.- Tengo hambre.

Le ignoro. Busco el pasaporte.

ESCRITOR.- ¿Has visto mi pasaporte?

Pero necesito cerrar este rompecabezas que se adueña de mi alma. Saco del bolsillo el papel garabateado. “El final del laberinto se encuentra entre los días de la semana, en el número que señalan los muertos.”

NATALE.- ¿Ese *panelle* es para mí?

“El final del laberinto se encuentra entre los días de la semana, en el número que señalan los muertos.” Cojo el *Dylan Dog*, página 57, un zombi señala hacia la esquina de la viñeta, hacia el número que está redondeado. *La Settimana Enigmistica*, Enigma 57, casi todo el crucigrama resuelto, menos doce definiciones, ¿por qué doce? cinco más siete, lo vi en la mano del muerto, en mis sueños. Las resuelvo. 12 nombres. 12 culpables. Es un crimen de Estado.

ESCRITOR.- ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

NATALE.- ¿No querías tu pasaporte?

ESCRITOR.- No, no puedo. Tengo que escribir. Está todo resuelto. Veinticinco años. Justicia, por fin, justicia. Este texto hará justicia... se sabrá todo.

NATALE.- ¿Lo has resuelto solo o te ha ayudado alguien?

ESCRITOR.- No ¡Sí! No... el mérito es de ellos, de los



que investigaron antes, de los que se han esforzado en conservar la verdad, la memoria... en los que dejaron las pistas meticulosamente dispuestas sólo... sólo había que resolver este crucigrama, faltaba la palabra adecuada, como cuando Gandalf llega a Moria...

NATALE.- ¡Fiesta! *Daaaaai!* Es Santa Lucia, siempre me dices que me vas a llevar de fiesta, pero te quedas dormido en los pubs.

ESCRITOR.- Tengo que escribir.

NATALE.- Me han dicho que hoy hay una cosa en Mondello.

ESCRITOR.- Sí, fuegos artificiales, lo dijo Aldrovandi.

NATALE.- Una orgía. En una casa en la playa, dos plantas de chicos. De chicos jóvenes. Como a ti te gusta. Hay algún exfutbolista del Palermo. Hasta treinta y cinco años. Casi no puedes entrar.

ESCRITOR.- Parece una beca del INAEM.

NATALE.- Yo les convenceré para que te dejen pasar. Siempre dices que quieres probar un trío. Esto será mucho mejor, chicos, bebida gratis y yo...

ESCRITOR.- ¿Habrán canciones de karaoke?

NATALE.- Sólo karaoke nudista. Pido un taxi, pagas tú.

XXI

Era una casa enorme, modernista, con vistas a la bahía de Mondello.

Había más de cincuenta chicos por todas las estancias de la casa. En la piscina había unos cuantos que ya lo estaban haciendo.

NATALE.- Me imagino que sabes cómo funciona. El rito siempre es el mismo. Cada uno puede consumir lo que quiera y hacer lo que tenga ganas y con quien tenga ganas.

Recorremos juntos la casa. En algunas habitaciones apenas podías distinguir con quién lo estabas haciendo o si llevaban preservativo.

Alguien espolvorea una copa y me ofrece beber a cambio de un beso. Whisky, vodka, ginebra... los pasillos estaban llenos de botellas. En una habitación había un *catering* con *pane*, *pannelle* y *pecorino siciliano*. La carne estaba prohibida en Santa Lucía.

Natale me cogió de la mano. Me llevó al balcón más alto de la casa. Vimos amanecer.

NATALE.- ¿Es bella la Sicilia?

ESCRITOR.- Bellísima.

NATALE.- Vamos a casa, quiero dormir contigo, que me abracés y no me sueltes. ¿Me prometes que no me soltarás? ¿Lo prometes?

Mientras el taxi cruzaba la ciudad no nos dijimos nada. Estábamos en pleno bajón.

Un hilo de sangre comenzó a salir de mi nariz. Natalie me lo secó con su camiseta. Me besó. Apoyé la cabeza sobre su hombro. Él apretó mi mano.

El apartamento olía a incienso, a fritura siciliana, a miedo.

XXII

NATALE.- Cierro la puerta con llave y comenzamos a hacerlo como lo habíamos hecho tantas veces en esa habitación. Mientras lo hacemos le cojo del cuello, así, de esta manera, con esta mano. “¿Qué te pasa?”, me dice al mismo tiempo que el segundo movimiento de la Primavera de Vivaldi invade todo el apartamento. “Nada. No me pasa nada.” No puedo dejar de apretar. “Me haces daño.” Le agarro con la otra mano y empiezo a apretarle con las dos. “Me duele. Me ahogo.” Me mira como si ya no viera mi rostro, como si se me hubiera caído, como si viera mi forma hueca. Le horroriza ver un rostro por dentro. Aprieto cada vez más fuerte sin decir nada. Al principio pensaba que era un juego sexual, pero se da cuenta de que no es así. Su cuello cruje. Por aquí. En esta parte. Como si algo se hubiera roto. Le aprieto contra la pared y sujetándole con una mano, extendiendo la otra hasta mi cazadora, saco del bolsillo una navaja automática. La despliego como una garra de pantera.

ESCRITOR.- Me haces daño.

NATALE.- Recuerdos de Alcàsser. Grita. Noto el filo atravesando la piel, después los músculos, las venas, los tendones, los nervios. No se puede sostener en pie. Aprieto el cuello un poco más fuerte y suena un clac. Creo que pierde la vista, o eso dice. No quiero volver a escuchar su voz. Arranco la pata de una silla. Le golpeo en el costado. En la cabeza. Su cuerpo enorme

parece una bonita alfombra. Extiendo sus brazos, abro bien las palmas de sus manos, extendiendo sus dedos y los machaco, así no podrá volver a escribir. Estoy sudando. El olor a sangre me produce cierto asco. El suelo está viscoso. Cojo un clip de metal. Estiro de su poco pelo, lo arrastro hasta el balcón, para que lo vean desde allí. Desde la otra ventana veo que bajan el pulgar, como los emperadores, el poder no ha cambiado tanto desde hace dos mil años. Le levanto la cabeza, abro sus párpados, entra el sol y acribillo sus ojos con el clip de metal. Ruge. Creo que hay gente a la que le gustan las muertes estruendosas y su muerte se escuchó hasta en el puerto de Messina. Me mira sin ojos y me dice “Como te has convertido en buey, no podía reconocerte. Échame el aliento, ilustre buey del pesebre belenita. ¡Muge, Natale! Tú eres el cabestro, y si muges vendrá el buey Apis. Le torearemos. ¿Dónde está el espejo? En el fondo del vaso. Sé que soy genial. Natale, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España. Parece que recobro la vista. ¿Cómo hemos venido a este entierro? ¡Esa apoteosis es de París! ¡Estamos en el entierro de Víctor Hugo! ¿Oye, Natale, pero como es que lo voy presidiendo? ¡Muerto soy! ¿Qué dirá mañana la prensa canalla?” Ni siquiera sus últimas palabras eran suyas. Me aburre. Acercó la navaja a la ingle y todo se detiene para siempre.

*OSCURO.*

**FIN**



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

**inaem**

INSTITUTO NACIONAL  
DE LAS ARTES ESCÉNICAS  
Y DE LA MÚSICA